

De afectos y costumbres, el acto de nombrar. La risa y la alegría que habitan en los nombres de persona

Blanca Estela Ruiz

DOI: 10.2436/15.8040.01.91

Resumen

Más allá del pragmatismo de identificar a un ser humano con un apelativo, nombrar es un acto de cariño que responde a variadas circunstancias, creencias y costumbres. El presente trabajo es sólo una muestra de nombres cuyo significado, procedente de distintas lenguas, tiene que ver con la risa, la alegría, la gracia y la fortuna, en señal de sincero deseo de que sus portadores gocen de una vida amable, alegre y venturosa.

El nombre es un instrumento propio para enseñar y distinguir los seres, como la lanzadera es propia para distinguir los hilos del tejido.

Platón, *Diálogos. Cratilo o del lenguaje*

¿Quiénes somos?, ¿qué nos diferencia de los otros? Amén de una noción identitaria que nos enfrenta a un problema de carácter filosófico, histórico o social, nuestros nombres nos otorgan una cédula de identidad y por lo tanto, una existencia dentro de una comunidad determinada. Si bien el apellido o patronímico da cuenta de donde venimos, el apelativo o nombre de pila advierte hacia donde vamos, más precisamente: hacia donde esperan que vayamos quienes nos han llamado de tal o cual manera, procurando que el significado del nombre elegido nos dote de ciertas cualidades con las que podamos hacer frente al incierto destino que tendremos por delante.

Roland Barthes, en su ensayo *Proust y los nombres*, escrito en ocasión del septuagésimo aniversario del natalicio de Roman Jakobson en 1967, hizo una lúcida descripción de esa red de significaciones encerradas en el nombre propio que el semiólogo francés llama “medio ambiente”, “en el sentido biológico del término”, en el cual “es necesario sumergirse bañándose indefinidamente en todos los ensueños que comporta”, y donde el nombre como “objeto precioso, comprimido, embalsamado”, “es necesario abrir como una flor” (BARTHES, 1981: 177). Precisamente en esta tarea de penetrar la esencia de los nombres, la antroponimia y la onomástica son instrumentos necesarios para identificar el significado del referente, adentrarse en su “medio ambiente” con el fin de escudriñarlo, de “abrirlo como una flor” para que se muestre en toda su magnificencia, y evitar así que, como las efigies de las monedas, se desgasten con el correr del tiempo.

Desde el principio de los tiempos, cómo llamar a un ser que acaba de llegar al mundo ha sido una tarea de suma importancia y no sólo por la responsabilidad que implica dar a alguien un nombre que usará el resto de su vida, sino también por esa cualidad que se le quiere infundir con su significado y que, se cree, lo distinguirá de entre sus congéneres. El libro del *Génesis* muestra a Dios, demiurgo por excelencia, como el primer dador de nombres, quien luego de crear y denominar cada elemento del universo, hizo al primer varón y lo llamó **Adán** o **Adam** porque lo formó a partir de la tierra, ya que *adamah* (אָדָם אֲדָמָה) es un vocablo hebreo que significa ‘tierra rojiza’. Posteriormente, según refiere el mismo libro bíblico, es el hombre quien participa de este acto al dar un nombre a su compañera, creada de una de sus costillas:

Y dijo o exclamó Adán: esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne: se llamará hembra porque del hombre ha sido sacada [...]. Y Adán puso a su mujer el nombre de Eva, esto es, ‘vida’, atento a que había de ser madre de todos los vivientes.

(*Génesis*, II: 23 y III: 20)

La imposición de un nombre es una práctica que varía de una época a otra y de un lugar a otro según las tradiciones y cultura de cada pueblo. La tradición católica, en México (religión que profesa la mayor parte de sus habitantes), pide a los padres, por ejemplo, dar a sus hijos un nombre cristiano y cuando eligen alguno que no lo es, normalmente los sacerdotes anteponen nombres como María, José, Jesús o Juan para que puedan inscribirse en los registros parroquiales.¹ Encomendar al recién nacido a alguna divinidad o figura santa y otorgarle su nombre para que éstas lo protejan de peligros y tentaciones o bien como una manera de agradecer los favores recibidos en embarazos y partos difíciles, es una práctica todavía común entre los fervientes devotos.

Buena parte de la sociedad católica mexicana, hasta mediados del siglo XX, recurría al santoral para elegir el nombre de los recién nacidos, pues se pensaba que de este modo se les proveía una especie de salvoconducto que les aseguraba el ingreso al paraíso el día de su muerte: se creía que en el umbral los aguardaba san Pedro con las llaves para abrir las puertas del reino de Dios a aquéllos que, además de haber observado los preceptos de la fe, tuvieran un nombre congruente con su identidad católica. Actualmente ya no se deja en manos del santoral la decisión de otorgar el nombre del bebé y son muy raros los casos en los que se elige el nombre por coincidir el nacimiento con una festividad religiosa.

Otra costumbre, cada vez menos frecuente, es la transmisión nominativa de padres a hijos, de generación en generación, como una forma no sólo de rendir tributo a un ser querido o que ya no está, sino de emular en el alma del recién nacido los rasgos positivos de ellos y perpetuarlos en el seno de la familia.

La revolución cultural de los años sesenta trajo consigo la apertura hacia nuevas interpretaciones de la realidad e incorporó tendencias no sólo en la manera de vestir y de hablar, sino en casi todas las actividades regidas por una práctica social de identificación ideológica; entre ellas, la introducción de nombres extranjeros, principalmente de origen inglés, de estrellas del cine, de la televisión, de la música, de la política, del deporte o de las artes, práctica que, a casi cincuenta décadas de distancia, todavía es usual, aunque ya no exclusivamente de modelos anglosajones.

Aunque hay cierta laxitud en México para nombrar a los hijos como les venga en gana a los padres, en los últimos tiempos se han discutido en los congresos legislativos diversas iniciativas de modificación de la Ley del Registro Civil, para poner un límite a la creatividad desmesurada de aquellos padres que, en su afán de originalidad, eligen para sus niños nombres extraños y ridículos. Para la mayoría de los mexicanos escoger un nombre no es un acto azaroso: siempre hay un argumento que justifica la elección, y aún en esos casos de nombres extravagantes y por increíble que parezca, invariablemente se da una respuesta que intenta satisfacer la curiosidad de aquél que pregunta “¿qué significa ese nombre?”.

¹ Una anécdota a propósito: en la ciudad de Guadalajara, una de las ciudades mexicanas más conservadoras del país, su entonces cardenal, Juan Sandoval Íñiguez, durante un bautizo masivo celebrado en su diócesis en julio de 1988, se opuso a darle el sacramento a los niños cuyos padres habían asignado un nombre ajeno a la tradición religiosa bajo el argumento de que “el nombre debe responder a nuestra cultura y a nuestra identidad católica”. Así, durante la ceremonia, Sandoval propuso a los padres de un niño al que querían bautizar con el nombre italiano de *Giovanni*, cambiar por el de *Juan*; “que se llame como yo, que me llamo Juan”, dijo a los padres, quienes, temerosos de que su hijo no recibiera el sacramento, aceptaron el deseo cardenalicio. El caso armó tal revuelo que entre la comunidad tapatía comenzó a circular la frase “pues que se llame Juanito” cuando se quiere imponer una voluntad.

Sea cual fuere, pues, el motor que impulsa a los padres a adoptar un nombre para sus hijos, el acto de nombrar no sólo tiene el propósito de identificar a las personas y vincularlas con una identidad, sino que guarda un profundo deseo de regalarles con él cierta predisposición relacionada con su significado. Aquí me he centrado en aquéllos cuyo sentido, en diversas lenguas, tiene que ver con la risa, la alegría, la gracia y la fortuna, en señal de sincero deseo de que sus portadores gocen de una vida amable, alegre y venturosa.

Nombres como Ixuetzcani, Alitzé, Quitzé, Eréndira, Gelasio e Isaac guardan el mismo significado en diferentes lenguas: “el o la que ríe”.

Ixuetzcani es ‘el que sonríe o ríe’, exactamente: ‘el que tiene una sonrisa en el rostro’; procede del vocablo náhuatl *ixuetzca*, que quiere decir ‘risa en la cara’, de *ixtli* ‘rostro’ y *uetzca* ‘reír’. **Uetzcac** es ‘el reidor’.

En lengua maya **Alitzé** significa ‘niña sonriente’ y **Quitzé**, ‘el de dulce sonrisa’. Ambos nombres están formados por la misma raíz, *itzé*, que alude a la sonrisa.

En tarasco o purépecha, el nombre **Eréndira** (*Erendirha*) es ‘risueña’. Una legendaria princesa purépecha, valiente amazona, hija de Timas, guerrero de Capácuaro, región que ocupa actualmente el estado de Michoacán, fue la primera mujer registrada con este nombre, todavía usado en México como nombre de pila y cuya cadencia fonética esdrújula sedujo al escritor Gabriel García Márquez, quien, en 1972, publicó un volumen de cuentos titulado *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada*; en ese mismo año, el escritor colombiano obtuvo el premio de literatura Rómulo Gallegos.

En hebreo, **Isaac**, *Yisahac*, es ‘el que ríe’, de *Tsahac* (צחק) ‘risa, gozo’. Según la *Biblia*, refiere a la risa gozosa de Abraham e incrédula de Sara cuando, en el centenario de vida de él y a los 90 años de edad de ella, les fue anunciado que procrearían un hijo.

Gelasio deriva del griego *Gelasius* (Γελασιος) que significa ‘risueño’, de *gelo* (γέλιο) ‘reír’.

Otros nombres relacionados con la risa, la felicidad y la alegría divinas o paternas son *Mahetabel*, *Abigail* y *Teojari*: **Mahetabel** es un nombre hebreo muy usual en la comunidad negra norteamericana y en hebreo significa ‘Dios hace feliz o da felicidad’ (אלוהים נותן אושר); **Abigail**, es el resultado de la yuxtaposición de dos palabras también hebreas: *ab* (אב) ‘padre’ y *guilah* (שמחה) ‘alegría’, que, juntas, significan ‘alegría del padre’ o ‘mi padre es alegría’, y el nombre griego **Teojari** (θεοχαρι) es ‘la alegría de Dios’; deriva de las voces griegas *Theós* (θεός) ‘Dios’ y *jári* o *chári* (χάρη) ‘jovialidad, gracia’.

De esta misma raíz griega, cuyo significado es ‘gracia’ (*chári*, χάρη), derivan nombres como **Jariclia** (Χαρικλία) ‘la que es alegre’ y **Karidotis** (Χαριδοτης) ‘que lleva consigo los placeres o las gracias’, epíteto con el que eran conocidos los dioses Zeus, Hermes y Dionisio. Jarila, o karila (Χαρίλα), era la fiesta celebrada en Delfos cada nueve años en honor a las Gracias, hijas de Zeus y Eurínome: Aglae, o Aglaya (‘el resplendor’), Talía (‘la floración’) y Eufrosina (*Effrosýni*, Ευφροσύνη) ‘la alegría’, de *effron* (ευφρων) ‘alegre, gozo’.

La raíz *chará* (χαρά) ‘placer, gozo, regocijo’, unida a la voz *laupsi* (λάμψη) ‘brillar, resplandecer’, forma el nombre **Caralampio**, que significa ‘el que brilla de alegría’ o ‘iluminado por la felicidad’. Como anulación de antonimia, **Alipio** (*Alypio*, Αλυπιο), de *α* privativa y *lipsi* (θλίψη) ‘tristeza, aflicción’, es ‘el que no tiene tristeza’, ‘el alegre’, y como reconciliación de antónimos, **Caralipo**, de *chará* (χαρά) ‘gozo’ y *lipsi* (θλίψη) ‘tristeza’, es ‘el que tiene alegría dentro de su pena’.

Carino (*Karínos*, Καρινοσ) es ‘gracioso’, de *chári* (χάρη) ‘gracia, jocosidad’. Así era llamado el personaje cómico de la comedia clásica. Su femenino es **Carina**, que guarda el mismo significado: ‘graciosa, amable’. Actualmente, en italiano, es usado como diminutivo de *caro* ‘querido’. Otras variantes del nombre con la misma acepción son **Carisa**, **Caritina** y su forma masculina: **Caritón**. **Carialo** (*Karilaos*, Καρίλαος), por su parte, tiene la misma raíz *chári* (χάρη) ‘gracia’, a la que se ha agregado la voz *los* (λαος) ‘personas’, de modo que este

nombre quiere decir ‘la gracia del pueblo’. Del mismo grupo léxico es, también, **Eucario** (*Efkários*, Ευχαριος), de *ef* (ευ) ‘bien, bueno’ y *chári* (χάρη) ‘gracia’. Significa, pues, ‘gracioso, caritativo’. El sentido de ‘agradecido’ debe buscarse en el *gracias* del griego moderno, *efkaristo* (ευχαριστω), y en la palabra *eucaristía*, sacramento por el cual, según la fe cristiana, se continúa el sacrificio de Cristo bajo los símbolos del pan y del vino; de *ef* (ευ) ‘bien’ y *karistía* (χαριστία) ‘dar gracias’.

Evaristo (*Efáristos*, Ευαρεστος) quiere decir ‘agradable’; resulta de las voces griegas *ef* (ευ) ‘bien, bueno’ y *áristos* (αρεστος) ‘simpático’.

Eutimio (*Efthímios*, Ευθυμιος) es ‘el de buen ánimo, el de buen humor, el alegre’; formado por el prefijo *ef* (ευ) ‘bien’ y el vocablo *thímos* (θυμος) ‘movimiento del alma, fuerza vital, ánimo’.

Eutoquía (*Eftoquía*, Ευτοκία) es ‘la que da a luz alegremente o con felicidad’, mientras que **Eutecnía** (*Eftecnía*, Ευτεκνία) es ‘a quien le alegra tener muchos hijos’.

Evelio/a (*Efilios*, Ευηλιος), de *ef* (ευ) ‘bien, bueno’ e *ilios* (ήλιος) ‘sol’, significa ‘bien soleado, luminoso, sereno’, y en sentido figurado, ‘alegre, radiante, festivo’. **Evelina** es una variedad celta que también significa ‘agradable, grata’. **Eveline** fue introducido en Inglaterra por los normandos y allí se difundió también con la variante **Evelyn**.

Euterpe (*Efterpe*, Ευτέρπη) es el nombre de la musa griega de la música y de la poesía, formada por las raíces *ef* (ευ) ‘bien, bueno’ y *terpo* (τερπω) ‘agasajar, deleitar’; es, pues, ‘la que entretiene, la que alegra’ con su arte. Otra de las nueve musas que tiene que ver con la alegría es **Terpsícore** (*Terpsichóri*, Τερψιχόρη), quien presidía el canto coral y la danza, y a quien comúnmente se la ve representada con una lira; de *terpo* (τερπω) ‘agradar, divertir’ y *kardiá* (καρδιά) ‘corazón’, es ‘la que encanta o alegra al corazón’.

En la lengua germana, **Elvira** (de *gaila* ‘lanza arrojadora’ y *vers* ‘cortés, amable, amistosa’) significa, quizá por ser la más fiel amiga del guerrero, ‘lanza amable’. Metafóricamente quiere decir ‘de afable alegría, la señora princesa’. La difusión del nombre en España se debe a las reinas llamadas así y a una de las protagonistas de la mítica historia de don Juan. Rafael Lapesa, en su *Historia de la lengua española*, explica que éste es un nombre español de origen godo que deriva de *Gelovira*, formado por *gails* ‘alegre, satisfecho’ y *gers* ‘fiel’.

Unidas a esta risa jubilosa, la alegría, la felicidad, la gracia y la fortuna se han integrado en la onomástica mediante nombres como **Alegra**, que proviene de las voces latinas *alacer*, *alacris* ‘vivaz, excitado, lleno de ardor, alegre’, lo mismo que su diminutivo **Greta** (de **Alegreta**). **Hilario** e **Hilarión**, del griego *ílaros* (ιλαρος), significa ‘alegre, animoso’; relacionado con *ílaos* (ιλαος) quiere decir ‘propicio, favorable, amable’. De ahí pasó al latín **Hilarius**, con el mismo significado; deriva de la forma adjetivada latina *hilarus* ‘alegre, jovial, contento’. De aquí el adjetivo español *hilarante*, que alude a aquello que inspira alegría o que mueve a risa, del latín *hilarans-antis*, participio presente de *hilarare* ‘alegrar, regocijar’. **Hilario** aparece como nombre propio hasta la era cristiana, por lo que se deduce que se trata de un apodo convertido en nombre.

Gioconda y su masculino **Jucondo** o **Jucundo** (*Iucundus*, en latín) es otro nombre con el mismo significado que el anterior: ‘lo que da gusto, lo que alegra’. De probable parentesco con el adjetivo *jocosus* (*iocosus*) ‘gracioso, festivo’. La más célebre de las “Giocondas” se debe al retrato que Leonardo da Vinci hizo de Mona (apócope de *Madonna*, es decir, *señora*) Lisa, nacida en Florencia en 1479, esposa del marqués Francesco del Giocondo (de aquí su segundo nombre). El rostro de la dama florentina en el lienzo de Da Vinci tiene una expresión misteriosa y serena a la vez que culmina en lo que podría ser el esbozo de una controversial sonrisa que a lo largo del tiempo ha sido objeto de estudios y especulaciones. La obra data de los primeros años del siglo XVI y actualmente se conserva en el museo del Louvre, en París.

El nombre **Fedro** viene del latín *Phaedrus* y éste, a su vez, del griego *Phedro* (Φαιδρος), que deriva de *phedrí* (φαιδρη) ‘serenidad, alegría’. **Fedro** es ‘el que tiene el alma serena o alegre’. El primer **Fedro** que consigna la onomástica vivió en el s. IV a. C., fue amigo de Sócrates y su nombre sirvió de título a uno de los *Diálogos* de Platón. En su forma femenina, **Fedra**, fue el nombre de aquella mujer de la mitología clásica, hija de Minos y Pasifae, hermana de Ariadna y esposa de Teseo, quien, para nada alegre, protagonizó paradójicamente una de las tragedias immortalizadas por las plumas de Eurípides y Séneca, respectivamente.

Gaudencio procede de la forma latina *Gaudentius*, del verbo *gaudeo* ‘alegrarse, estar contento’. *Gaudeo* también dio origen a **Gaudioso/a** y a **Gaudelia**, que equivale a ‘alegre, gozosa’. *Gaudium* es la alegría interior, en tanto que *Laetitia*, **Leticia**, es la alegría que se manifiesta exteriormente. **Leto** (*Laetus*) ‘alegre, contento’ es su forma masculina. El nombre de **Leticia** es un legado romano de vestigios agrestes inmemoriales. El pueblo de Roma tenía un concepto telúrico de la felicidad y de la alegría, pues creía que éstas invadían la naturaleza, las tierras y los rebaños: *Ager laetus* era el ‘campo alegre, fértil’; *colles fróndibus laeti*, las ‘colinas alegres, frondosas’, y *laeta armenta* hacía referencia a los ‘rebaños alegres, fecundos’. De adjetivo pasó a nominativo, *Laetitia*, para honrar a la diosa Ceres, cuya efigie se perpetuó en las monedas hasta el siglo IV a. C., en donde aparecía con dos espigas en la mano y, a su lado, Proserpina con una granada. En otras representaciones se la muestra con un pie sobre la proa de una nave, un timón y un ancla, con la leyenda *Laeta Fundata*, en alusión a las naves pletóricas de trigo que llegaban a Roma desde las provincias, y también como referencia a la fiesta que agricultores y marineros celebraban en honor de la diosa durante el desembarco. Entre otros de sus atributos aparecen el cetro, la corona y la rama de laurel propia de los vencedores. Es común encontrarla también con un niño a su lado y junto al cuerno de la abundancia.

En la lengua náhuatl, las raíces *pacca* y *paqui* ‘alegría’ han generado nombres como **Pacyotl**, **Paquiliztli** y **Paquini**. Asimismo, la raíz *auiltia* ‘divertirse, pasar el tiempo agradablemente’ dio origen a nombres como **Mauilti** o **Mauiltiani**, que significan ‘el que se divierte, burlón, bromista’; **Ahauiani**, que es ‘el alegre, gozoso, contento, jovial’ o ‘amigo del deleite y los placeres’, y **Auillatoani**, que, uniendo dicha raíz con la voz *tlatoani* ‘el que habla’, quiere decir ‘el que dice bromas’. **Chioauacatlatoani** proviene de *chipauacatlatoa* ‘agradable’ y *tlatoani* ‘conversador’, es pues ‘el que tiene una conversación agradable’. Entre los aztecas, **Ahuiteotl** era el dios de los ociosos, vagabundos y juglares, asociado a los placeres del cuerpo, de cuyas características da cuenta Fray Juan de Torquemada en su *Monarquía Indiana*, en tanto que **Omacatl** era el dios de los festines, de la buena vida, del placer y de la alegría, una especie de Baco o Dionisio azteca, lo mismo que **Tlaltecayohua**, dios de la embriaguez, representado con la piel de un mono que simbolizaba júbilo.

Una variante fonética es la raíz *uelitta* ‘estar satisfecho, contento’, que dio origen a los nombres **Mouelittac** ‘el que está contento, satisfecho’ y **Uellamati** ‘el que se encuentra alegre y cómodo en un lugar’.

Moceltiqui quiere decir ‘el que se divierte y se pasea’ o ‘el que está contento’. Deriva de la palabra *celtia*, que es ‘alegrar, divertir’. **Motimaloani** significa ‘el que se alegra’, de *timaloa* ‘alegrarse’.

Por último, entre los nombres cuya etimología significa ‘felicidad, fortuna y buenaventura’, tenemos **Macario**, *Makários* (Μακάριος), vocablo griego que quiere decir ‘bienaventurado, feliz, dichoso’. En México, las obras de Juan Rulfo y de Bruno Traven, cuento y novela respectivamente, hicieron popular el nombre (el cuento de Rulfo se publicó en la revista *América* en 1946 y la novela de Traven fue llevada al cine en 1959 con guión de Roberto Gavaldón).

El código cristiano de la felicidad son “Las bienaventuranzas”, que en esta lengua empiezan así: “*Makáριοι οι πτοχοι το πνευματι...*” (Μακάριοι οι πτοχοι το πνευματι...), cuya traducción

castellana sería: “Bienaventurados los pobres de espíritu...”. Aunque esporádicamente aparece como nombre propio en la obra de Tucídides, hacia el 450 a. C., no es sino a partir del cristianismo y por influencia de “Las bienaventuranzas” que en Grecia, sobre todo, este nombre empieza a abundar, porque se percibe con claridad la grandeza de su significado. *Makarismós* (Μακαρισμός) ‘felicidad’ es la palabra que usan los griegos para felicitar. Su contraparte latina es **Beato**, que deriva de *Beatus*, y esta forma, a su vez, de *beatum*, participio pasado de *beo*, cuya acepción es ‘el que da felicidad’. Originalmente significó ‘el que tiene todo lo que necesita’; luego, la Iglesia lo adoptó en el sentido de ‘dichoso, bienaventurado’: “**Bienaventurados** los pobres de espíritu...” es la traducción castellana de la versión latina de “Las bienaventuranzas” (“*Beati páuperes spiritu...*”). Las lenguas romances acogieron el nombre de **Buenaventura** para el masculino (de *buona* y *ventura*) y **Beatriz** (*Beatrix*, femenino de *Beatus*) como nombre de mujer. **Beatriz** tiene el mismo significado: ‘la que hace feliz’. Fue un nombre muy estimado en la Edad Media y ganó popularidad con los siglos. La más famosa Beatriz es, sin duda, **Beatriz Portinari**, dama florentina (1265-1290) idealizada por Dante Alighieri en su *Vida nueva* y sobre todo en la *Divina comedia*, en donde se convirtió en símbolo de la fe, guía y protectora celestial.

Buenaventura o **Ventura** significan ‘felicidad, dicha’; es el plural del vocablo latino *venturum* ‘lo que está por venir’. Del mismo grupo léxico provienen las palabras *venturoso*, *aventura*, *bienaventuranza* y *bienaventurado*. El primer varón que llevó este nombre fue **san Buenaventura**, filósofo y teólogo toscano del siglo XIII, conocido como “Doctor Seráfico”, cuyo verdadero nombre era Giovanni Fidanza. La historia refiere que fue presentado a san Francisco de Asís para que lo curase imponiéndole las manos y, al tiempo que lo hacía, el santo exclamaba: “¡O buona ventura!”. A partir de entonces, fue llamado así: *Buenaventura*. Un sentido similar de bienaventuranza y felicidad tienen **Félix** y **Feliciano**, así como sus formas femeninas **Felicia** o **Felisa**, del sustantivo *Felicitas* ‘felicidad’. Asimismo, equivale al vocablo hebreo *shalom* (*shaloum*, שלום) ‘paz, salud, bienestar’, que, utilizado también como fórmula de saludo o despedida, alude tanto a la paz entre los hombres como a la paz interior de un individuo.

Próspero tiene la misma significación venturosa. Sus orígenes se encuentran en la palabra latina *Prosperus* (de *prosper* ‘feliz, afortunado’). Lo mismo ocurre con **Fausto** (de *faustus*) ‘venturoso, contento, dichoso, pródigo’, y el nombre griego **Eutiquio** (*Eftijios*, Ευτυχιος) ‘afortunado, bien-hadado’, de *ef eu* ‘bien, bueno’ y *tíji tuxh* ‘fortuna, suerte’. De la misma raíz griega, **Eutiques** (*Eftijis*, Ευτυχης) significa ‘feliz’. Con el sufijo latino *-ianus* se forma **Eutiquiano**, de igual sentido, que originalmente fue patronímico.

Odilón u **Odilo** es un nombre de procedencia gótica que significa ‘feliz, rico’, de *audila* y *audahafts*, que guardan el sentido de dicha y prosperidad. El antiguo *auda* godo se vuelve *ead* en anglosajón y de aquí deriva **Eduardo**, *Eadward*, de *ead* ‘riqueza, propiedad’ y *ward* ‘guardián’. Antigüamente riqueza y felicidad eran conceptos análogos.

En náhuatl, la raíz *cuilttona* significa ‘vivir en abundancia, divertirse en grande’ y ha dado origen a los nombres **Necuiltzonlitzli** o **Necuiltzonlli** ‘riqueza, fortuna, prosperidad, alegría, satisfacción’ y **Mocuilttonoani**, que quiere decir ‘venturoso’ y, en sentido figurado, ‘el que está contento, que se divierte mucho’. Por su parte, *Yoyacaotl* o *yuyacaotl*, vocablo náhuatl que alude a la propiedad y la riqueza, es el origen del nombre **Yamancayotl** ‘suavidad, tibieza’, que en sentido figurado alude a la prosperidad y la felicidad; lo mismo que **Axcaua** ‘poseedor de bienes, rico, próspero, feliz’, de *axcaitl* o *axcatl* ‘bienes, propiedades’.

Todos los nombres revisados aquí tienen la función ecuménica de resumir en un solo signo lingüístico el universo de la prosperidad y la buenaventura, así como también el de la risa y la alegría, factores estos últimos que unen y hermanan a los seres humanos con los suyos.

Barthes, en el artículo citado anteriormente, señala que el nombre dispone de tres

propiedades atribuidas a la reminiscencia de quien lo impone:

[...] el poder de la esencialización (puesto que no designa más que un solo referente), el poder de citación (puesto que se puede convocar a discreción toda la esencia encerrada en el nombre, profiriéndolo), y el poder de exploración (puesto que se “desdobla” un nombre propio exactamente como se hace con un recuerdo).

(BARTHES, 1981: 176)

De este modo, el nombre propio es la forma lingüística de la reminiscencia, un acceso al conocimiento según el cual conocer es recordar, descifrar la esencia de los nombres dentro de un sistema onomástico, adentrarse poco a poco en sus significaciones e iniciarse en la revelación de los signos del cosmos, del alma misma de las cosas.

Nuestro nombre es nuestra carta de presentación y, si bien es cierto que en muchas ocasiones no corresponde su significado con nuestro temperamento, porque las circunstancias que nos tocan vivir y la genética son factores que influyen y moldean el carácter de cada individuo (lo cual se suele escapar al ojo y la sensibilidad de nuestros padres en el momento de nombrarnos), es innegable el hecho de que nombrar no es sólo una simple convención sino un acto de cariño, pues la lengua traduce en nombre toda esa querencia que ha tocado el corazón y los sentidos de un padre, el cual busca dar a su hijo neonato un nombre cuyo significado lo colme de bendiciones y buenos deseos que, espera, lo acompañen en su andar por el mundo.

“Dime cómo te llamas y te diré quién eres”, reza un refrán popular que la onomástica y la antroponimia han hecho suyo en su tarea de guiar a esos dadores de nombres hacia la mejor elección, que debe advertir ese profundo conocimiento del hombre con respecto de sí mismo y de su relación con la vida.

Fuentes de consulta

- BARTHES, Roland (1981). *El grado cero de la escritura; seguido de Nuevos ensayos críticos*. Traducción de Nicolás Rosa. México, DF: Siglo XXI Editores.
- LAPESA, Juan Rafael (1981). *Historia de la lengua española*. Prólogo de Ramón Menéndez Pidal. Madrid: Gredos.
- Griego. *Diccionario griego-español* (1999). Publicación dirigida por Florencio I. Sebastián Yarza, Barcelona: Casa Editorial Sopena.
- PLATÓN. *Diálogos* (2000). Estudio preliminar de Francisco Larroyo. México, DF: Editorial Porrúa (Col. “Sepan cuantos...”, n.º 13).
- Sagrada Biblia* (1977). Versión directa de las lenguas originales por Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga Cueto. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- SIMÈON, Rèmi (2002). *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*. Traducción española de Josefina Oliva de Coll. México, DF: Siglo XXI Editores.
- TIBÓN, Gutierre (1994). *Diccionario etimológico comparado de nombres propios de persona*. México, DF: FCE.
- TORQUEMADA, Fray Juan de (1979). *Monarquía Indiana*. Introducción, selección y notas de Miguel León Portilla. 6 vols. México, DF: UNAM.

Blanca Estela Ruiz
 Universidad de Guadalajara
 México
blanca.ruiz@csh.udg.mx